

BURDIGALA

Carlos Álvarez

Confieso que hay una cosa que me priva por encima de otras aparentemente mucho más lógicas y es eso de la toponimia. En cuanto cae en mis manos un mapa, aunque sea de una isla perdida del Pacífico, enseguida empiezo a examinarlo buscando e intentando identificar sitios, nombres, relaciones, etc.

Y a veces se encuentran auténticas perlas como un pueblo perdido que me viene ahora a la memoria, en la isla de Luzón, en Filipinas, que se llama Ozámiz y que aparentemente no tiene nada de particular y que no dirá nada a casi nadie, sólo que casualmente conozco a una persona que se apellida así y se trata de un apellido vizcaino no muy común; de hecho es el único Ozámiz que jamás he oído. La deducción aparentemente lógica es que es probable que alguno de sus antepasados o parientes lejanos recalara por allá durante la dominación española y se le ocurriera fundar o rebautizar esa localidad.

Pero lo más frecuente es que en los topónimos se puedan hallar restos de lenguajes, dialectos o culturas antiguas que, a veces junto a restos arqueológicos, dejaron así su huella en ese entorno. Por ejemplo la colección apabullante de "aines" que existen en el País Vasco, fundamentalmente en Navarra, tales como Paternain o Beriain, de probable origen romano. O los "oo" de Santander y norte de Palencia.

Recientemente en viaje por la Selva Negra, en Alemania, me llamó la atención la presencia de dos series de topónimos, uno con sufijo "ach" como Gutach y otro con sufijo "lingen" como Ailigenlingen. Ambos sólo en esa zona, es decir, no los encontré en las zonas periféricas a la Selva Negra.

O nos podemos encontrar sorpresas como que un sitio tan famoso como Austerlitz no aparece en ningún mapa correspondiente a ese lugar. Bueno, esta afirmación tan rotunda es

falsa, ya que lo probable es que al menos en los mapas franceses sí figure así, por aquello del fervor napoleónico, y en los alemanes, ya que ése es el nombre alemán de la localidad hoy checa en la que se libró la famosa batalla, por nombre Slavkov, que es el que aparece en los mapas checos.

Y con esto me viene a la cabeza la idea de que entre los políticos, los conquistadores, los lingüistas, los patriotas y unos cuantos más, a los humildes ciudadanos donnadie nos crean unos tremendos problemas con esto de los cambios de los nombres de las localidades, haciendo por el contrario las delicias de los toponimistas aficionados como yo. Y es que cualquiera puede entender que por razones de evolución

lingüística o adaptación fonética de Al-Andalus se pase a Andalucía o que cuando un soldado albaceteño llegaba haciendo el catastro al País Vasco adaptase a la fonética castellana lo que oía o veía, porque de no ser así era incapaz de reflejarlo de forma que él mismo o sus superiores lo digiriesen.

Pero, claro, cuando un autóctono llama a su pueblo Slavkov y porque en ese momento toca ser Imperio Austro-Húngaro, con el alemán como lengua aglutinante oficial, el que alguien decidiese que aquello era Austerlitz, al aborigen debería de sonarle a chino. Como no nos han quedado registros escritos de cómo estaban rotuladas las direcciones en los caminos de entonces, no podemos saber si ponían Austerlitz y/o Slavkov, o qué ocurría si al ponerse en un idioma de los dos, luego iban los otros con el espray corrigiendo la cosa para que quedara a su imagen y semejanza.

Ése es un típico ejemplo de cómo los pueblos cambian y recambian su nombre con los flujos y reflujos políticos e históricos y de cómo a veces parece que con una u otra postura más que defender lo propio dentro de un



orden lo que se pretende es aplastar o eliminar al contrario. Claro que en los casi 200 años que median entre lo que siempre será batalla de Austerlitz y el Slavkov actual nació un nuevo estado con componentes iniciales plurilingüísticos que la locura de unos, la estupidez de otros y el buen hacer de algunos más han llevado a la existencia de la actual República Checa, donde, que yo sepa, el checo es el único idioma hablado, respetando siempre la existencia del dialecto moravo. Pienso que lo correcto no sería decir que tal población es Slavkov y punto final, sino aceptar que el nombre de esa población es Slavkov en checo y Austerlitz en alemán, por ejemplo.

Yéndonos a cosas más próximas, y estableciendo algunos paralelismos, parecería no del todo acertado montar discusiones filipinas con que si el nombre de, por ejemplo Hondarribia, es sólo Hondarribia. Será y es así en vascuence (con sus variantes dialectales) y además, con todos los derechos legales, es hoy incluso el nombre oficial, pero en castellano seguirá siendo Fuenterrabía y en francés Fontarrabie de la misma forma que antes, cuando el nombre oficial era Fuenterrabía ni en vascuence ni en francés se decía así. En checo vaya Vd. a saber, habrá que investigarlo.



Foto: Jesus Hospiteler



Foto: Jesus Hospiteler



Foto: Jesus Hospiteler

Cuando coexistan dos idiomas parecería más lógico la adopción de un doble nombre, como se ha hecho en Vitoria-Gasteiz. Es como si al expresarnos en vascuence o castellano nos empeñásemos en hablar de London, cuando por las razones histórico lingüísticas que sean está profundamente arraigado en ambos idiomas el nombre de Londres, incluso es más o menos así en los dialectos vascofranceses. Se habla mucho de procesos de "normalización" y el problema profundo es que cuando se plantea eso así lo más usual es que cada cual trate de normalizar las cosas asimilándolas exclusivamente a su forma de entenderlas.

Si trasladamos el proceso de normalización lingüística a los topónimos en territorios donde se utilicen dos idiomas y aplicamos esa práctica a los mapas y señalizaciones de carretera, parece lógico que esa normalización también se lleve a esos terrenos, pero utilizando unos criterios uniformes con el objeto de no confundir al sufrido contribuyente. Porque si vamos por algunas de las carreteras que nos rodean, nos encontraremos con que en castellano sí que parece que se ha seguido un criterio homogéneo, pero en la utilización del vascuence es bastante probable que más de un viajero termine en Abalcisqueta cuando deseaba ir a Alcaudete.

No parece lógico que se utilice Vitoria-Gasteiz, mientras que más adelante se coloca Donostia-San Sebastián, con el nombre en cada idioma en orden distin-

to, ni que para definir el "centro ciudad" en unos sitios se ponga "hirigunea", en otros "hirierdia" y más allá "hiribarnea", o que para el cambio de sentido a veces nos indiquen "zentzu aldaketa" (a más de uno habría que cambiarle el sentido) mientras en otros lados aparece el "norantza aldaketa" aparentemente con más "sentido" direccional.

Y dentro de ese desorden y falta de coordinación o criterio, lo más frecuente es que todo aparezca con el mismo tipo de letra, con lo que el foráneo que se haya documentado con mapas e informaciones al uso antes de visitarlos puede jugar a descifrador de claves intentando casar lo que aparece en los letreros con lo que le aparece en su información, sin saber distinguir entre un idioma y otro. Sería más lógico seguir un criterio diferenciador y uniforme tal como el que se ha seguido en algunos puntos donde la toponimia o instrucciones en vascuence aparecen en cursiva, mientras que las castellanas lo están en vertical.

Y es que eso de que por causa de no encontrar soluciones y puntos en común las diferentes administraciones nos lleven a situaciones dispares como las indicadas es una desgracia, creando en los que pretende informar una cierta confusión. Como la que en nuestras inmediateces un matemático metido a señalizador nos ha dejado de herencia y donde podemos leer

- en Arragua, distancia a Ugaldetxo 1 km y a Iturriotz 2'5 km, o sea, 1'5 km de diferencia entre ambos barrios
- en el cruce de la salida de la autopista, un poquito más allá, leemos a Ugaldetxo 0'9 km y 2 km a Iturriotz, o sea, 1'1 km de diferencia.
- más lejos, en el cruce a Astigarraga, nos asombramos al ver que mientras que Ugaldetxo está a 600 m Iturriotz se mantiene en los 2 km, con 1'4 km de diferencia
- y ya en Ugaldetxo, la distancia a Iturriotz baja a 1 km

Dentro de esta confusión parece que ya ha aparecido otro cerebro privilegiado que ha encontrado la solución mágica capaz de unificar criterios y de eliminar todas nuestras dudas lingüísticas en la carretera. En diversos carteles, el primero en Arragua, ha aparecido indicada una nueva localidad que no tenía registrada en mis acervos castellano y vasco parlantes: Bordeaux.

No Burdeos, ni siquiera Bordele, sino así como se ve, Bordeaux. Es decir, parece que todo obedece a una intensificación en la política de despiste oficial más arriba indicada, porque dudo que esté galantemente orientada a facilitar el camino a los miles de emigrantes norteafricanos que transitan por nuestras carreteras en verano, porque de ser así faltará poco para que aparezcan en los indicadores Fontarrabie, Saint Sebastien y Pampelune.

Yo supongo que se trata solamente de que les ha entrado la ola de la autenticidad y la del regreso a los orígenes y que han pensado que eso de Burdeos o Bordele son imposiciones exteriores que a los de Bordeaux no les gusta, por lo que les sugeriría que por aquello de la reciprocidad exijamos a nuestros vecinos del norte que empezando en el mismo Hendaye empiecen a substituir en sus carteles los topónimos referentes a nuestra geografía pasándolos del francés a nuestras diversas lenguas vernáculas.

Aunque, la verdad, metidos en la línea de la autenticidad parecería más lógico que se hubiese utilizado Burdigala, que es más original, más antiguo y hasta más elegante. Lo reivindicó.